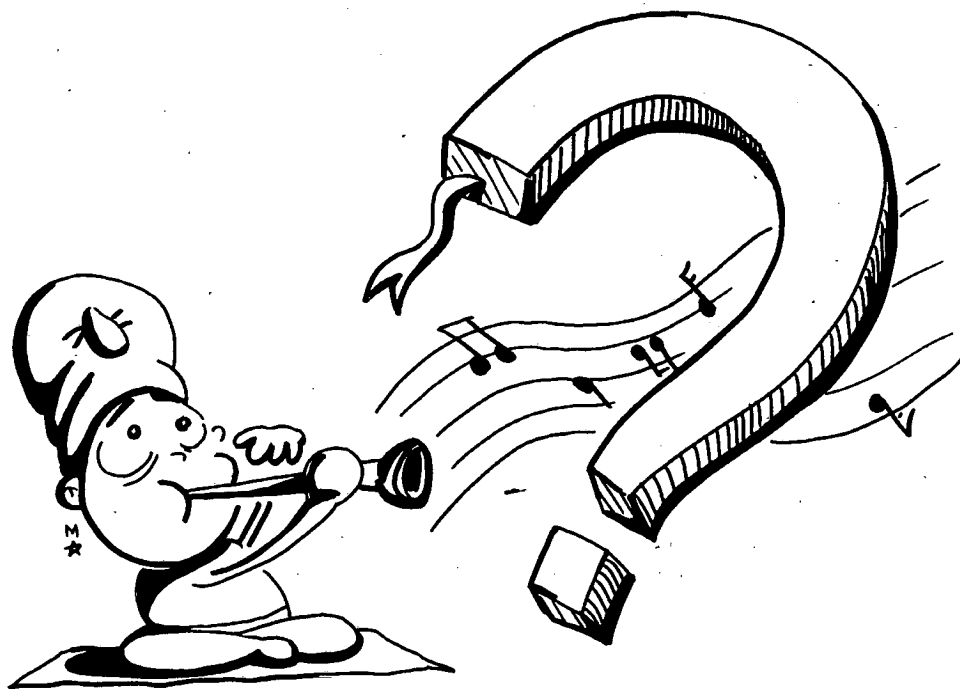


Las interrogantes actuales

Bernard Miège*

RESUMEN

Conscientes de la importancia y de la necesidad de desarrollar enfoques interdisciplinarios para el estudio actual de la comunicación social, el Instituto de Investigaciones de la Comunicación, Universidad Central de Venezuela, y el Centro Nacional Autónomo de Cinematografía invitaron al Dr. Bernard Miège, director de GRESEC, Universidad de Grenoble, París, para asesorar proyectos de investigación sobre el tema "Economía de la Cultura, la Información y las Comunicaciones", así como a dictar una conferencia pública, que tuvo lugar el 27 del pasado mes de Noviembre, sobre "Las industrias culturales ante las redes y las técnicas de comunicación". Este ensayo de Miège sobre la evolución de las técnicas de la comunicación será de interés para nuestros lectores, ya que ubica su pensamiento en las coordenadas de la discusión actual y permite una comprensión más profunda de las perspectivas que desarrolla el "Group de Recherches sur les Enjeux de la communication". El artículo que se publica, aún no difundido en castellano, pertenece a la última parte de su libro «Las etapas del pensamiento comunicacional» y ha sido traducido por Luis I. Sierra Gutiérrez, de la Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia.



Conscientes de la importancia y de la necesidad de desarrollar enfoques interdisciplinarios para el estudio actual de la Comunicación Social, el Instituto de Investigaciones de la Comunicación de la Universidad Central y el Centro Nacional Autónomo de Cinematografía invitaron al Dr. Bernard Miège, Director de Gresec (Universidad Stendhal de Grenoble) para asesorar proyectos de investigación en la "Economía de la Cultura, la Información y las Comunicaciones" y dictar una conferencia pública el 27 de noviembre sobre "Las industrias culturales ante las redes y las técnicas de comunicación.

Consideramos que el siguiente ensayo de Miège sobre la evolución de las Ciencias de la Comunicación, ubica su pensamiento en las coordenadas actuales y permite una comprensión más profunda de las perspectivas que desarrolla el "Groupe de Recherches Sur les Enjeux de le Communication".

El artículo que publicamos, aún o difundido en castellano, pertenece a la última parte de su libro "Las etapas del pensamiento comunicacional", y ha sido traducido por Luis Ignacio Sierra Gutiérrez.

Being conscious of the importance and need to develop an interdisciplinary focus to study the actual social communications, the Instituto de Investigaciones de la Comunicación, from the Central University of Venezuela, and the Centro Nacional Autónomo de Cinematografía, invited Dr. Bernard Miège, GRESEC director, Grenoble University, Paris, in order to assist and counsel the research projects about "The Economics of Culture, the Infomation and Communications". This Miège's essay about the "Evolution of the Communication Sciences" may be of interest for our readers. The author locates his thought in the middle of the actual discussion about the theme and he allows a deeper comprehension of the perspectives developed by the "Groupe de Recherches sur les Enjeux de la communication". This article, not diffused in Spanish yet, was translated into spanish by Luis I. Sierra, from the Javeriana University of Bogotá, Colombia

En un poco más de cincuenta años, los fundamentos teóricos de las ciencias de la información y de la comunicación se han precisado y enriquecido con múltiples aportes. A las tres corrientes fundadoras iniciales (el modelo cibernético, el enfoque empírico-funcionalista de los medios masivos y el método estructural en sus aplicaciones lingüísticas) que, a pesar de las negaciones y críticas, ocupan siempre un lugar central, se agregaron recientemente problemáticas «específicas» que han renovado en profundidad el pensamiento comunicacional y, a través de él, las investigaciones en información y comunicación. Entre estas problemáticas, conviene citar particularmente: la economía política (crítica) de la comunicación, la pragmática, la etnografía de la comunicación, la etnometodología y la sociología de las interacciones sociales, las sociologías de la técnica y la mediación, la recepción de los mensajes y las formación de los usos sociales de los medios y de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, al igual que diversos enfoques «filosóficos».

Este enriquecimiento del pensamiento comunicacional puede apreciarse de diferentes formas; algunos se congratulan de la ampliación regular de las referencias teóricas y de los ejes de la investigación en marcha en la interdisciplinarietà; otros ven allí una especie de confusión, hasta los orígenes de sus enfoques, supuestamente dando cuenta del conjunto de los fenómenos comunicacionales, tienen como única preocupación «disminuir» la efervescencia y la diversidad de lo real comunicacional a sus puntos de vista particulares; los últimos, finalmente, se inquietan por no disponer de teorías nuevas aptas para dar cuenta de las prácticas contemporáneas.

Las posiciones, además, varían considerablemente de un país al otro. El liderazgo americano está hoy día contrabalanceado, no por la «escuelas» nacionales, sino por producciones teóricas que, en Gran Bretaña y Francia, especialmente, contribuyen

a extender sensiblemente las interrogantes y los intercambios científicos. Y sobre todo, la necesidad de una mayor seguridad de bases teóricas proviene de que los fenómenos informacionales y comunicacionales están en adelante en el corazón de cierta cantidad de desafíos de sociedad, entre los más decisivos. La información tiene en adelante un valor estratégico, no solamente por la activación de las discusiones en el seno del espacio público, sino igualmente por la modernización de las sociedades y la competencia económica; las técnicas de comunicación comienzan a renovar nuestras «técnicas intelectuales», en el sentido de Jack Goody¹, y el sector de los productos informacionales, organizado cada vez más sobre una base industrial, es considerado por los que detentan el capital como uno de los más productivos de valor.

En el proceso de formación del pensamiento comunicacional, los investigadores no pueden entonces pretender retener una especie de exclusividad. Este pensamiento es profundamente «social», anclado profundamente en las sociedades, en las técnicas de mediación y de mediación que desarrollan, al igual que en las ideologías que ellas producen. Tratándose del componente ideológico de la comunicación, es preciso seguir a Philippe Breton, cuando insiste sobre «la utopía de la comunicación, nuevo valor, pero valor pragmático, sin contenido, que no propone sino impedir la degradación del mundo (...) en el fondo nada distinto a la lucha contra la entropía»².

Pero esta característica no debe impedir seguir las transformaciones del pensamiento comunicacional mismo, e identificar las cuestiones que plantea en este final del siglo XX a los investigadores como a quienes

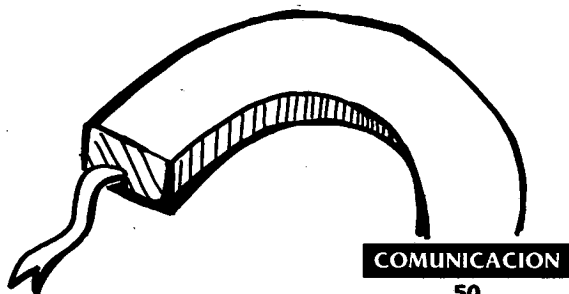
se interesan en la epistemología de las ciencias. Nosotros retendremos cinco cuestiones, que presentaremos sucesivamente, tratando de aportarles una primera respuesta.

UNA TEORÍA GENERAL IMPROBABLE Y HASTA INCONCEBIBLE

En la introducción a su «Teoría general de la información y la comunicación», obra no bastante conocida hasta hoy, comprendidos los especialistas, Robert Escarpit declaraba que se trataba tal vez de «una última oportunidad para una síntesis de ese género»³. Esta puesta en guardia, o esta precaución, nos concierne todavía hoy, pues el autor haciendo votos por la formulación de una teoría diacrónica, criticaba severamente las pretensiones de las teorías unificadas; refiriéndose sobre todo al pensamiento macluhaniano pero igualmente al método estructural; y habría faltado agregar el modelo cibernético, y hasta el pragmático.

Luego, las apariciones de «teorías generales» se sucedieron a intervalos regulares, sin que sus autores se apoyaran sobre las teorías precedentes, para refutar la argumentación o... retomar algunos elementos clave. Todo sucede como si un golpe de fuerza teórico tuviera tantas posibilidades de triunfar como el autor (o la corriente) aludidos, haciendo tábula rasa del pasado científico, afirmando con mayor convicción la radical novedad de su propósito. Esta manera de proceder, de la cual es fácil mostrar que reposa sobre la ignorancia de trozos completos de conocimientos producidos anteriormente, no es evidentemente específica del campo de la información y de la comunicación; y las historias de las ideas reseña numerosos ejemplos de prácticas de este tipo. Pero lo importante está más allá: la crítica de las insuficiencias o derivas de estas teorías, que enfocan horizontes demasiado vastos para ser pertinentes, es un medio de trazar las perspectivas pareciendo ser actualmente las más heurísticas.

¿Con qué límites chocan estas



teorías generales? Sin negar los aportes particulares de unas o otras, sobre todo cuando se enfocan solamente como «problemáticas parciales», consideraremos⁴ que ellas están marcadas por los siguientes rasgos:

- el reduccionismo: un aspecto de la comunicación, por ejemplo la informatización, es vetado de representar el todo, el conjunto de fenómenos informacionales y comunicacionales, y basta para sacar conclusiones válidas *hic et nunc*;

- la abstracción: los modelos abstractos evitan con frecuencia el enfoque de la complejidad de lo social, o se fundan para lo esencial en las tendencias emergentes o las innovaciones;

- la primacía acordada a un paradigma único: así, por ejemplo, la pragmática o ciertas teorías lingüísticas no tratan ningún otro enfoque de la comunicación distinto del que ellas proponen;

- la confusión de las instancias tratadas: esta crítica retoma la anterior; aquí, una de las instancias, la de la comunicación lingüística e interindividual, es confundida con otras instancias de la comunicación en la sociedad;

- la deriva futuroológica: los teóricos de la comunicación son cada vez menos numerosos en prometerlo: un «mundo mejor», y un futuro felizmente reglamentado por las técnicas infográficas o telecomunicantes, pero tienen en común con otros autores post-modernistas el proyectarnos hacia el futuro, o aun hacia un presente «futurizado»;

- la ausencia o la insuficiencia de procedimientos de verificación empírica: las demostraciones se apoyan sobre estudios de caso o sobre la muestra de fenómenos presentados como «ejemplares» o en trance de serlo.

Estos rasgos comunes se aplican a ciertas problemáticas surgidas durante la década de 1980, y de la cual hemos dado cuenta más arriba. A quienes hemos clasificado entre los «filósofos» de la comunicación (J. Baudrillard, D. Hofstadter, P. Lévy, y L. Sfez de *Crítica de la comunicación*), pero igualmente los prag-

máticos o los etno-metodólogos, nos parecen representativos, más o menos directamente, de esta tendencia recurrente a producir teorías generales, mientras los fenómenos se hacen más complejos y la mayoría de autores citados no disponen casi de conocimientos acumulados suficientes para dar cuenta, al nivel en que ellos se ubican.

Un lugar aparte deber ser reservado para Régis Debray, y a su proyecto de fundar una «mediología general», es decir una disciplina nueva que «es al mundo ideológico lo que la ecología es al mundo económico» y que trata ante todo de «precisar las determinaciones objetivas de las maniobras del pensamiento» poniendo el acento en el rol de los soportes de transmisión. La mediología cuyo proyecto adelanta desde hace largo tiempo, y de la cual traza los fundamentos en dos obras, que seducen y provocan a la vez (*Curso de mediología general*⁵ y *Vida y Muerte de la imagen*⁶), ignora soberbiamente toda referencia a los trabajos sociológicos o históricos (mientras que el autor propone una retrospectiva histórica de la imagen en las sociedades occidentales), a la semiología (el lenguaje audiovisual se anuncia como dominante en la época actual, la de la videoesfera), a la historia de las técnicas (mientras que la perspectiva es ampliamente neo-macluhaniana); en síntesis, a todo lo que se refiera al análisis o la investigación, calificadas de referencias... documentales.

Cuidadoso de proponer visiones de conjunto y de rehabilitar el papel de los intelectuales (los escribas), el autor anuncia el hundimiento de la grafoesfera (lo escrito operante hoy bajo la dominación de lo oral) y la dominación sin límite de la televisión (la TV «no propone una secuencia de signos, sino un flujo de imáge-

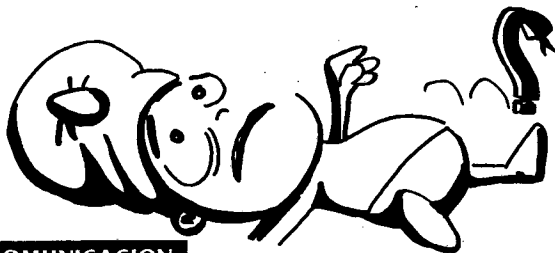
nes sin sintáxis, un cuadro de programas sin un vínculo discursivo, que yuxtapone sin jerarquizar, sin totalizar, sin distinguir [...] . La pequeña pantalla es onírica, repetitiva, selectiva; fusiona el principio de placer y de realidad. Programa por adelantado a sus programadores» (Curso...p. 321). R. Debray critica el auge de lo visual en la medida que cuestiona la simbólica en las imágenes: «Nuestras imágenes se han desvitalizado y desimbolizado... porque nuestra mirada se ha privatizado [...], la completa privatización de la mirada, evidentemente mortal por la magia de las imágenes, lo es tal vez también finalmente al arte en general» (*Vida y muerte...* p. 73).

Numerosos son los aspectos particulares de la argumentación de R. Debray que renuevan las perspectivas; otros son muy discutibles. En cuanto a su proyecto mediológico, si él opera un vuelco en relación a las orientaciones de la historia cultural, o por relación a las ideologías, colocando el acénte sobre el rol y la eficacia de los soportes de transmisión, tiende de manera excesiva a reemplazar el primado de la ideología por una especie de «matierismo» mediológico.

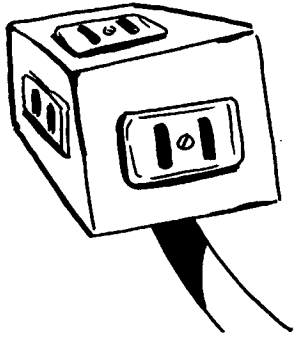
¿Por qué Debray dirige casi exclusivamente su mirada de polemista hacia el poder de las imágenes? ¿Por qué experimenta la necesidad de fundar una nueva disciplina mientras que las ciencias de la información y la comunicación se han dado precisamente por objeto unir soportes y contenidos, discursos y estrategias de actores, escritura de mensajes y lógicas técnicas, en un enfoque que articule sociología, historia y semiología?

LA INFORMACIÓN PROLONGADA POR LA COMUNICACIÓN

Las divisiones internas de las ciencias de la información y la comunicación resisten al tiempo. Los especialistas de la información (entendida en el sentido de información de prensa) y los de la información profesional especializada (se em-



COMUNICACION



plean igualmente otras apelaciones: información científica y técnica, informática documental o «information science» entre los anglosajones) pretenden no ser confundidos con los especialistas de la comunicación; quienes, no conceden con frecuencia más que un interés distante a los problemas de la información que ellos consideran como «reduccionistas». Más allá de estas querellas clásicas de territorios que, de una cierta manera, retoman las divisiones profesionales clásicas, nos hallamos en presencia de una cuestión mayor, la de las relaciones entre información y comunicación, y en el último período, se ha cuestionado con frecuencia sobre el acercamiento, hasta la posible convergencia entre los dos conceptos.

Este debate tuvo ya lugar durante los años setenta, esencialmente como reacción al «linearismo» de la teoría matemática de la información, y el hecho de que ella excluye el tener en cuenta toda significación. La mayoría de los autores consideraban entonces la teoría de la información (concebida como reducción de la incertidumbre) como un capítulo de una teoría general de las comunicaciones, mostrándose éste más rico, el feed-back (retroacción) permitiéndole tener en cuenta las reacciones de los lectores o de los usuarios. R. Escarpit ha insistido con frecuencia sobre esta relación cuasi-orgánica entre información y comunicación: «toda comunicación conlleva la captación, la transferencia y el tratamiento de información, es decir del producto original de espíritus humanos individuales, cualquiera sea la naturaleza de este producto (científico, técnico, artístico, circunstancial, etc.)»⁷

Los profesionales y usuarios, sin embargo, cada vez tienen más la tendencia a oponer comunicación e información, y a atribuir a la primera todas las carencias y derivas de la segunda. Citemos todavía a R. Debray, cuya posición es compartida por muchos autores y profesionales: «El polo comunicación prevalece sobre el polo información como el audiovisual, que captura más sobre el impreso, que despliega mejor. Durante la Guerra del Golfo hemos, fijándonos en la pantalla, 'participado' mucho, pero aprendido casi nada. Y, sin embargo, la comunicación reafirma y la información molesta» (*Vida y muerte ...* p. 373). La debilidad de la información se explicaría por el ascenso poderoso de grupos de comunicación y la instalación de poderosas redes que, acelerando la velocidad de circulación de las informaciones y favoreciendo la concentración y la concurrencia, estarían al origen de las fallas constatadas en la verificación de las fuentes o en la difusión apresurada y espectacularizada de las noticias.

Igualmente el desarrollo de la comunicación organizacional y administrativa tendría por consecuencia la pérdida de autonomía redaccional de los órganos de información, el abandono progresivo de las prácticas de encuesta y la adopción de modalidades de producción de la información poco conformes con los principios deontológicos en vigor. En cuanto a la información profesional especializada (científica, técnica y profesional), funcionaría cada vez más para satisfacer las demandas de los usuarios profesionales e institucionales; así los principales bancos de datos tenderían a reunir solamente los datos objeto de una demanda solvente; la vigilia estratégica y la información estratégica, nueva versión, metodológicamente más sofisticada, de la gerencia de los sistemas de información de empresas, llevarían a favorecer el acceso a la información pertinente rechazando todo aquello que no tenga un «valor estratégico».

Aun si todas no son nuevas, las evoluciones anotadas arriba son cada

vez más notables. Pero no se da sino una explicación superficial al oponer información y comunicación. Primero porque ello equivale a idealizar el funcionamiento pasado de la prensa o de los sistemas de información, y a atribuir a los informes de prensa proporcionados obligatoriamente por las directivas a la comunicación de las grandes organizaciones, las fallas de los órganos de información. Luego, porque, como ya había sido anotado por algunos autores citados (Jean Meyriat: «Digamos entonces que toda comunicación tiene un contenido cognitivo, más o menos importante, que es la información. Eso implica que no hay información sin comunicación»⁸, la información no es solamente producida para ser distribuida, sino concebida en función de una cierta representación de los lectores y telespectadores. No hay que olvidar que la comunicación implica la información y que una información no comunicada ve su producción abandonada progresivamente (¿qué nos garantiza que se trata de un fenómeno reciente?) Finalmente porque las oposiciones entre las dos nociones se fundan con frecuencia sobre consideraciones de carácter técnico, las técnicas de la comunicación supuestamente conllevan una distorsión, hasta una desnaturalización de las obras del espíritu que son los productos informacionales.

Ahora bien la información y la comunicación tienen sus destinos unidos desde las sociedades de la antigüedad; y si es verdad que los cambios que intervienen en los soportes de comunicación han desembocado siempre en una modificación sensible o esencial del contenido y de la forma de las informaciones concebidas y luego difundidas⁹, los cambios contemporáneos no pueden reducirse al pasaje de una era técnica a otra, como lo sostiene por ejemplo Pierre Lévy¹⁰.

Tan importantes son los cambios político-culturales o los que intervienen en el funcionamiento de la información¹¹, como decisivos son los desafíos estratégicos al igual que la industrialización creciente de la

información y la cultura¹², la concentración de grupos de comunicación¹³. «La noción de globalidad es entonces central. Su causa evidente e inmediata: las comunicaciones. Medios de comunicación y computadoras han creado una 'sociedad con elementos extraordinariamente entrelazados'. La paradoja de esta sociedad consiste en esto: en un mismo movimiento, la realidad (pero también la humanidad) se unifica y se fragmenta», escribe Armand Mattelart¹⁴. En este contexto, más que nunca, la comunicación no se opone a la información, sino que la prolonga; las dos nociones son con frecuencia indisolubles; y las críticas hechas a una... valen igualmente para la otra.

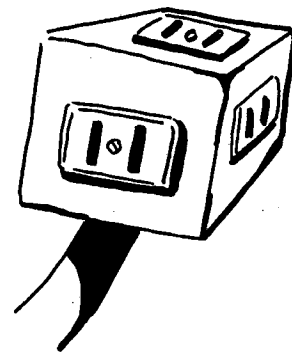
DE LA INTERDISCIPLINA DE PREFERENCIA AL REPLIEGUE DISCIPLINAR

La organización académica de las ciencias de la información y de la comunicación varía considerablemente de un país al otro. En América del Norte o del Sur, al igual que en España, los estudios de comunicación están organizados generalmente de manera autónoma dentro de Departamentos Universitarios o Facultades, y esto, desde al menos hace unos veinte años; pero esta autonomía no impide la intervención de otros sectores de la Universidad. En Francia, una relativa autonomización se ha impuesto sobre todo a partir de fines de los años ochenta, no sin que luchas, a veces rudas, se hayan llevado a cabo dentro de las Universidades o de los grandes establecimientos científicos (aquí casi sin éxito). En los países anglosajones o escandinavos se ha reproducido, pero sin exclusividad, el modelo norteamericano. En Alemania o Italia, por el contrario, los trabajos referentes a la información y la comunicación siguen ampliamente dispersos en las disciplinas de origen. En el nordeste de Asia, en India, en algunos países de África, y en condiciones particulares en Europa del Este, se observa el surgimiento de centros autónomos.

Las condiciones en las cuales las ciencias de la información y la comunicación están llamadas a institucionalizarse —juntas o separadamente— dependen fuertemente de los contextos nacionales, aun si en todos los casos, las luchas científicas adelantadas para que se firme un «campo» nuevo y que sea admitida su legitimidad, son la expresión de luchas de poder en el seno de las instituciones universitarias. Sin embargo, las condiciones en las cuales las ciencias de la información y la comunicación son llevadas hoy día a autonomizarse en relación con los estudios literarios, las ciencias humanas y sociales, y (más raramente) en relación con las ciencias físicas, no pueden ser comparadas con las instancias de hace veinte o treinta años, pues los desafíos teóricos, y sobre todo prácticos, se han desplazado.

La ambición de ver imponerse una ciencia de la comunicación, de alguna forma una super-ciencia cuya problemática habría irrigado la mayoría de disciplinas reconocidas y catalogadas desde hace tiempo en las clasificaciones de ciencias, ha marcado incontestablemente los esfuerzos de algunos pioneros: Norbert Wiener sobre todo, pero también Claude Lévi-Strauss, Roland Barthes, Gregory Bateson, o Abraham Moles. Este proyecto persiste, pero mucho menos numerosos e influyentes son los autores contemporáneos que se proponen tal objetivo. Algunos investigadores, por el contrario, tratan de aplicar al campo de la información y de la comunicación metodologías y cuestionamientos «de medio alcance» en una perspectiva inter-científica. Su trabajo se funda en:

- un postulado: el objeto comunicacional difícilmente puede ser aprehendido en cuanto tal, tan sólo en sus manifestaciones presentes en una diversidad de campos sociales;
- la constatación del fracaso o de la dificultad en llevar a cabo trabajos pluridisciplinarios y, por el contrario el de la fecundidad de las cooperaciones inter-ciencias;
- la necesidad de una elaboración



teórica que se apoye en observaciones empíricas y en análisis de situaciones comunicacionales, tal como ellas se desarrollan y no tal como se las puede concebir.

Tal orientación de la investigación está en vías de imponerse; está siendo compartida por investigadores cuyas problemáticas difieren hasta contradecirse. Obstáculos, se dan, sin embargo. Primero, entre los profesionales de la información y la comunicación (periodistas y dirigentes de los grandes medios, publicistas, directores de la comunicación...) que rechazan que una palabra diferente de la propia, que ellos consideran como no autorizada, se haga escuchar. Luego entre los especialistas de las disciplinas «clásicas» (derecho, ciencias políticas, psicología, hasta sociología...), que quieren ver respetadas demarcaciones científicas establecidas, si no admitidas, desde hace largo tiempo.

Las reacciones de unos y otros pueden explicarse fácilmente por la agudeza y recrudescimiento de los desafíos en el campo de la información y de la comunicación; estos desafíos son tanto simbólicos (de ahí la necesidad de controlar la expresión de «otras» palabras) como prácticos (de ahí las declaraciones recientes de interés de representantes de disciplinas y sus tentativas por hacer, en el seno académico legítimo, trabajos necesariamente transversales). El repliegue sobre discursos autorizados o sobre las disciplinas no es una solución aceptable, no solamente ello equivaldría a negar los resultados ya obtenidos (y que son ya importantes), sino sobre todo, dicho repliegue constituiría un estorbo al progreso de los conocimientos. Y el hecho de confiar a las solas

disciplinas el cuidado de tratar el objeto comunicacional conduciría casi inevitablemente a una fragmentación de perspectivas, a una dispersión de interrogantes y, probablemente, a incoherencias.

LA NECESARIA AFIRMACIÓN DE LAS ESPECIFICIDADES DE LAS CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN Y DE LA COMUNICACIÓN

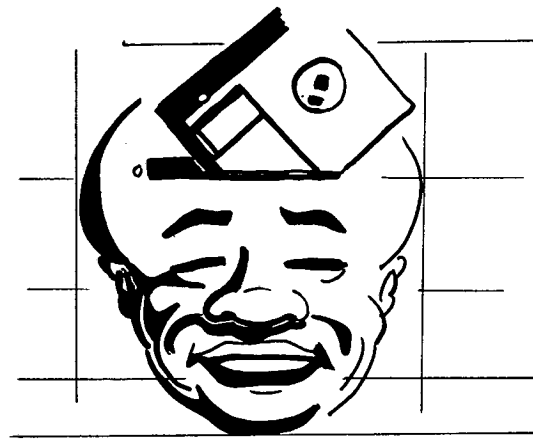
Las ciencias humanas y sociales, cada una por su cuenta, tienen evidentemente la vocación de abordar los fenómenos informacionales y comunicacionales. A partir del momento donde sus representantes no cuestionen la oportunidad y el interés de una interdisciplina, las discusiones propiamente científicas se vuelven posibles, y ciertamente fecundas, con quienes han optado trabajar al interior de las ciencias de la información y la comunicación. La situación, además, no es nueva (¿qué son, por ejemplo, la geografía o la informática, sino «confrontación» de disciplinas?), y ella está llamada a tomar cada vez más extensión en el futuro (¿hasta es posible ver emerger nuevas disciplinas, al interior de la clasificación de las ciencias propuestas durante el siglo XIX?). En todo caso, luego de debates, con frecuencia tensos, los informáticos no tienen casi dificultad de intercambio con los matemáticos, sean «puros» o «aplicados»; y lo mismo entre los geógrafos especialistas de geografía humana y los economistas interesados en problemas espaciales.

Pero el debate científico se hace corto mientras uno de los protagonistas refuta, de hecho o por principio, el derecho a la existencia de otro asunto. La historia de las ciencias está llena de episodios de este género, y toda disciplina, o interdisciplina, ha encontrado vecinos ambiciosos, que rechazan toda especificidad en su enfoque, o preceden como si el problema no fuera éste. Las ciencias de la información y la comunicación siempre han tenido que vérselas con vecinos incómodos, poderosos y reconocidos o sostenidos por programas pro-

venientes de los poderes públicos.

Así las ciencias cognitivas, ellas mismas plurales, y que deben entonces manejar su pluralismo respecto de la psicología cognitiva, de la así llamada inteligencia «artificial», de la lingüística o de las neuro-ciencias, no están exentas de objetivos hegemónicos de este tipo; es particularmente el caso de la ergonomía cognitiva, primero centrada sobre el individuo aislado en interacción con un dispositivo técnico, pero que se orienta igualmente hacia la puesta en evidencia de determinantes organizacionales generales de las actividades cognitivas; el proyecto de la ingeniería del conocimiento centrado en la comunicación llamada «hombre-máquina», y, en consecuencia sobre la articulación de dos sistemas de tratamiento de la información (vía el lenguaje, las imágenes, los gestos...), el «sistema humano» y el sistema maquinal, tiende también a imponer, como lo anota L. Sfez «el ideal computacional, como proceso universal del pensamiento...»¹⁵. P. Lévy, con qué ingenuidad, llega a escribir: «en la medida que el conocimiento es para una amplia mayoría asunto de clasificación, todo proceso social, y hasta micro-social puede ser interpretado como un proceso cognitivo»¹⁶. Para las ciencias de la información y la comunicación, esta perspectiva es inquietante; en efecto, las tecnologías intelectuales (y entre ellas los medios) supuestamente juegan un rol esencial en los procesos cognitivos, es prácticamente el conjunto de actividades comunicacionales que se ve reducido así a procesos cognitivos, referentes a las cogniciencias.

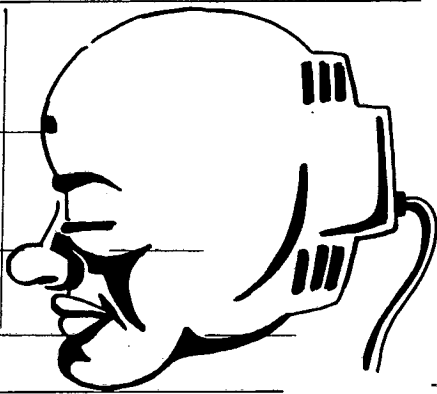
Estas proposiciones son posibles por el desarrollo de la informática que les sirve de fundamento. En los sistemas de inferencia puestos al día dentro del marco de la inteligencia artificial, el objetivo fijado es el de integrar los medios de percepción, de comunicación y de acción del operador humano con su entorno. Que la inteligencia humana, y muy particularmente los procesos mentales y los fenómenos simbólicos no puedan descomponerse actualmente



en elementos pudiendo ser duplicados por máquinas, no inquieta además a la mayoría de los informáticos; ellos buscan resolver esta dificultad (¡momentánea!) con la construcción de máquinas, de forma que progresivamente se reduzcan las diferencias con el sistema humano. Este pragmatismo debe ser criticado, especialmente desde el punto de vista específico de las ciencias de la información y de la comunicación.

En este contexto, si es preciso trazar un programa de trabajo para las ciencias de la información y la comunicación, convendría enfatizar los siguiente elementos:

- la articulación entre los dispositivos técnicos de la comunicación y la producción de mensajes y del sentido;
- la «inserción social» de las técnicas, y muy particularmente la actividad de los usuarios-consumidores en el funcionamiento de los dispositivos;
- la puesta en evidencia de los «procedimientos» de escritura de los mensajes (icónicos, sonoros, gráficos...), y las condiciones que dirigen su concepción y realización;
- la dimensión sociológica, política y económica de las actividades informacionales y comunicacionales que dan lugar a innovaciones y experimentaciones de nuevos soportes;
- y el estudio de los cambios que intervienen en los procesos de mediación, de la cual recuerda oportunamente Bernard Lamizet que «tiene por rol, en el campo de los intercambios de comunicación, comprometer relaciones y formas de comunicación accesibles y abiertas a todos»¹⁷. En síntesis, la mediación tiene por función evitar que instaure, en



el campo social, una lógica de relaciones de fuerza.

LA IMPENSABLE SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN (O DE LA COMUNICACIÓN)

Extraño destino ese de la noción de sociedad de la información. Introducida hace más de treinta años por sociólogos prospectivistas entre los cuales sobresale la figura de Daniel Bell, fue criticada por todas partes; hoy, sin haber sufrido rectificaciones significativas y sin anexos teóricos decisivos, sigue siendo empleada regularmente, especialmente por profesionales o ingenieros, pero sin un fuerte contenido explicativo. De su lado la noción de sociedad de la comunicación es objeto de un empleo más reservado, como si las crisis de las sociedades contemporáneas incitaran a la prudencia en cuanto a la efectividad de la comunicación.

¿Qué es lo que justifica el calificativo de «sociedad de la información»? Más allá de las apelaciones puramente metafóricas, retenemos dos definiciones: la primera subraya el peso creciente de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación; la segunda insiste en el desarrollo de las actividades comunicacionales, sea para hacer de la información la fuente de las actividades comunicacionales, sea para hacer de la información la fuente principal de la producción de valor, sea para constatar, según el economista Marc Porat¹⁸, el primado de las actividades informacionales sobre las actividades de sectores secundarios y terciarios. Sabemos que la lista de actividades informacio-

nales, establecida por Porat conlleva un estilo de inventarios a la Prévert, pues ella mezcla los profesionales del sector de la cultura, de la enseñanza, de la información en estricto sentido, del experto y del consultor, así como del conjunto del personal directivo.

Estas diversas indicaciones muestran claramente cómo siguen de imprecisos los fundamentos de la llamada sociedad de la información, sobre todo, agregan ciertos especialistas que las industrias calificadas de inmateriales (como, por ejemplo, las del imaginario, o las de la informática) son las que sufren un déficit... de programas inmateriales; las firmas dominantes se muestran más aptas para producir aparatos (televisores, microcomputadores...) que programas, editados o no. Además, las mutaciones hacen llamado a productos informacionales, y tocan la organización del trabajo o la gestión de la producción, no refiriéndose solamente a ciertos sectores económicos, sino que son transversales, y sus efectos son lentos y aún difícilmente evaluables, en comparación con una sociedad anterior calificada como «industrial». La información, en este sentido, es cada vez más incontrolable, pues a pesar del crecimiento de las industrias de la información, una parte solamente de las actividades informacionales está «externalizada» y da lugar a la producción de mercancías; y se trata sin duda de una tendencia durable todavía.

Finalmente, la idea de la sociedad de la información no se impone hoy más que en 1960. Muchas críticas que se le dirigían entonces son todavía válidas. Y los desarrollos recientes no hacen sino volver más complejas las cuestiones en debate. Sin embargo, las ciencias de la información y la comunicación no pueden quedarse en esta conclusión razonable: el aumento de las actividades, profesiones, mercancías, técnicas y redes que requieren de la información y la comunicación, exige un esfuerzo muy particular para pensar su inserción tanto en las sociedades del Norte como en las del Sur. Tam-

bién sobre todos estos puntos, el pensamiento comunicacional está, en el final de este siglo, llamado a enriquecerse de nuevos aportes.

NOTAS

1. Goody J. (1979). *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, Paris, Éditions de Minuit.
2. Breton, PH. (1992). *L'utopie de la communication*. Paris. La Découverte
3. Escarpit, R. (1976). *Théories générales de l'information et de la communication*. Paris, Hachette.
4. Miège, B. (1990). «La faible pertinence des théories générales de la communication». En: Sfez, L., y Coutlee, G., dir., *Technologies et symboliques de la communication*. Colloque de Cerisy, Grenoble, PUB.
5. Debray, R. (1991). *Cours de médiologie générale*, Gallimard.
6. _____ (1992). *Vie et mort de l'image. Une histoire du regard en Occident*. Gallimard.
7. Escarpit, R. (1977). «Critique de la terminologie de l'information et de la communication». En: *Colectivo, Rapports entre sciences de l'information et de la communication*, Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, Bordeaux-Talence.
8. Meyriat, J. (1986). «Information vs. Communication», en: Laulan, A.M., *L'espace social de la communication. Concepts et théories*, Paris, Retz-CNRS.
9. Eisenstein, E. (1991.) *La révolution de l'imprimé dans l'Europe des temps modernes*. Paris, La Découverte.
10. Levy, P. (1990). *Les technologies de l'intelligence. L'avenir de la pensée à l'ère informatique*. Paris, La Découverte.
11. Charon, J.M. (1991). *La presse en France de 1945 à nos jours*. Paris. Seuil, col. Points.
12. Miège, B., Pajon, P., Salaun, J. M. (1986). *L'industrialisation de l'audiovisuel. Des programmes pour les nouveaux médias*. Paris, Aubier, col. Res-Babel.
13. Guillou, B. (1985). *Les stratégies multi-médias des groupes de communication*. Paris. La Documentation Française, NED. Flichy, P., *Les industries de l'imaginaire. Pour une analyse économique des médias*, 2^e éd., Grenoble, PUG, 1991.
14. Mattelart, A. (1992). *La communication-monde: histoire des idées et des stratégies*. Paris, La Découverte
15. Sfez, l. (1993). dir., *Dictionnaire critique de la communication*. Paris. PUF. LEVY, P., oc.c., p. 165
16. Lamizet, B. (1992). *Les lieux de la communication*. Liège, Mardaga.
17. Porat, M. (P.U.) (1977). *The information economy*. Washington, United States Department of Commerce.

* Profesor de Ciencias de la Comunicación. Universidad Grenoble 3.